



SUSY DELGADO

LA SANGRE FLORECIDA

Y OTROS TEXTOS

INTRODUCCIÓN

LILIANA COLANZI



Susy Delgado

(Paraguay, 1949) es escritora, periodista y traductora bilingüe guaraní - castellano. Es miembro de la Academia de la Lengua Guaraní y de la Sociedad de Escritores del Paraguay. Cuenta con una extensa trayectoria como periodista cultural. Ha publicado más de 40 títulos, en su mayoría de poesía, escritos en guaraní y en castellano. Tradujo al guaraní *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, así como libros de Gabriela Mistral, Olga Orozco y otros autores. Recibió el Premio Nacional de Literatura en 2017, el Premio Rohayhu che Ñe'ë en 2018 y en 2019 fue parte del homenaje de la Universidad de Guadalajara a poetas de lenguas americanas, en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

LA SANGRE
FLORECIDA
Y OTROS TEXTOS

EJEMPLAR PARA DISCUSIÓN

COLECCIÓN VINDICTAS

NOVELA Y MEMORIA

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN

SUSY DELGADO

LA SANGRE FLORECIDA Y OTROS TEXTOS

INTRODUCCIÓN
LILIANA COLANZI



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 2024

La sangre florecida y otros textos

Primera edición 2002, Arandurã Editorial

Segunda edición bilingüe castellano - portugués 2015, Arandurã Editorial

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Delgado, Susy, 1949- , autor. | Colanzi Serrate, Liliana, 1981- , prologuista.

Título: La sangre florecida / Susy Delgado ; introducción, Liliana Colanzi.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2024. | Serie: Vindictas. Novela y memoria.

Identificadores: LIBRUNAM 2245796 | ISBN 978-607-30-9582-2.

Clasificación: LCC PQ8259.2.D45.S35 2024 | DDC 861—dc23

D. R. © 2024, Susy Delgado

Primera edición Vindictas: 20 de septiembre de 2024

D.R. © 2024 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

www.libros.unam.mx

ISBN: 978-607-30-2096-1 (colección)

ISBN: 978-607-30-9582-2

El contenido de esta obra es responsabilidad de las autoras y no refleja, necesariamente, la posición de la UNAM.

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

BAJO EL SIGNO DE LA SANGRE

En *La sangre florecida*, la Abuela, fallecida tras una larga enfermedad, aparece convertida en gallina, cacareando destempladamente, mientras Maria'i barre el piso de la casa. La joven, que está "dispuesta a seguir la vida", apenas se inmuta con esa visita sobrenatural: "Es la Abuela nomás", se dice, mientras continúa barriendo y amontonando las pertenencias de la difunta para deshacerse de ellas. Pero si la Abuela vivió siempre en el silencio y en la postergación, su fantasma es ruidoso y terco y se niega a ser relegado al olvido. La Abuela regresa cada día a la casa para repetir de manera obsesiva el ritual ominoso de su enfermedad y muerte: "A veces despertaba desde los mismos gusanos, languidecía entre los trapos fétidos, desmejoraba desde las venas azules y la pus que asomaba bajo el velo de una piel desteñida y agujereada, se arrugaba despacio y sin remedio y se moría otra vez".

En la recreación tozuda de su horrorosa muerte, en su presencia a la vez familiar e incómoda para la nieta —la Abuela muerta se vuelve "amarga, huraña y fea" ante los ojos de Maria'i y comienza a exigirle atenciones y cuidados constantes— hay una clave importante que se desentrañará más adelante, una verdad que ha sido silenciada. Después de todo, como dice James Berger, "más que portar un mensaje, el fantasma es el mensaje", y el regreso de la Abuela de ultratumba es el síntoma de un trauma no resuelto.

La relación amorosa pero también conflictiva entre Maria'i y esta imponente figura matriarcal es uno de los ejes de gravedad de la novela de Susy Delgado, poeta, narradora y traductora paraguaya que en 2017 recibió el Premio Nacional de Literatura, el más importante galardón literario de su país. Susy Delgado ha escrito su obra en castellano, guaraní y jopara (una suerte de "guarañol" hablado en Paraguay), y ha tenido un rol muy significativo en

la revaloración del guaraní como lengua literaria, tanto por su propia poesía escrita en este idioma como por su labor de antologadora, investigadora y traductora de y al guaraní. Nacida en San Lorenzo en 1949 y criada en una compañía de Capiatá, ha descrito su infancia como “plenamente campesina, donde todo se vivía en guaraní, de modo que mi lengua materna fue ésta”. Si bien comenzó a escribir en castellano, idioma en el que fue alfabetizada, más adelante descubrió que era posible hacer literatura en su lengua materna y se aventuró a escribir en guaraní:

Desde entonces, coexistieron en mi creación como dos territorios bien diferenciados, mis dos lenguas; durante muchos años ellas no se mezclaron, seguramente porque había mamado ese fuerte prejuicio que existía contra el jopara... Hasta que mis reflexiones y lecturas sobre la lengua me llevaron a un pensamiento nuevo: que si mis lenguas se mezclaban permanentemente en mi vida cotidiana, como escritora yo debía asumir esa realidad y expresarla en mis textos. Y tenía que atreverme al desafío de intentar una estética con esa mezcla.

En *La sangre florecida* ese tránsito de ida y vuelta entre lenguas sucede todo el tiempo, como cuando el Abuelo le reprocha a María'i “que ya se ve todo lo que va a ser, *kuña guie, putarã...*” Sin embargo, a pesar de la impronta profunda del guaraní en toda la narración, está claro para los personajes que es el castellano —y no así el guaraní— la lengua hegemónica, el vehículo del poder. Cuando María'i se muda junto a sus abuelos del campo a la ciudad, le escucha decir a la Abuela mientras arrea los bueyes de la carreta: “Ahora vamo a viví con gente *poñi* [limpia], le había advertido la Abuela, balbuceando la lengua de esa gente más gente que ellos, simples balbuceos de humanidad, tratando de darles la dimensión exacta de aquel cambio que iniciaban en sus vidas”. El hablar español sin rastros de guaraní es la prerrogativa de aquellos que son “más gente”, mientras que María'i y su Abuela, criadas en el guaraní, apenas llegan a ser “balbuceos de humanidad”. Este orden de cosas tiene su origen en una historia colonial que discriminó a esta lengua indígena, relegándola a la esfera doméstica y expulsándola de la educación escolar y universitaria

hasta 1992, cuando el guaraní fue reconocido como idioma oficial de Paraguay en la Constitución.

La Abuela es el personaje enérgico que sostiene el frágil mundo de Maria'i con amor pero también con firmeza; la que le deja unos caramelos y un billete de 50 guaraníes en sus zapatos cada fiesta de Reyes, pero también la que la levanta de la cama de una bofetada, sin reparos, cuando la encuentra tocándose bajo las sábanas. La Abuela es, sin duda, la figura más importante y sólida en la precaria vida de Maria'i, pero no necesariamente un modelo que la joven esté dispuesta a seguir: después de todo, la Abuela permaneció en un matrimonio con un hombre que se desentendía de ella y de toda la familia para desaparecer por largos meses de errancia, al parecer en busca de otras mujeres, cada vez que alguno de los numerosos hijos de la pareja fallecía.

Incluso la muerte de la Abuela está relacionada con las numerosas infidelidades del Abuelo: es él quien termina por contagiarle la enfermedad venérea que se extenderá por su cuerpo y por su sangre “en una red enmarañada de tentáculos”, como un bicho espantoso que la carcomerá desde adentro. Son pocas las novelas o cuentos en Latinoamérica que abordan las infecciones de transmisión sexual y menos aún desde la perspectiva de una mujer vieja y pobre: como señala Ximena Cobos Cruz, “si no hablamos de la enfermedad desde el cuerpo sexuado, del cuerpo de mujer enfermo, no sólo negamos su existencia, sino que caminamos el sendero de las exigencias de un cuerpo sano, eternamente dispuesto, joven”. La Abuela, que ha sido siempre una figura formidable, de pronto se ve vulnerable y consumida por el mal físico. En este momento de la novela cobra una nueva dimensión la escena de uno de los capítulos iniciales en el que la Abuela regresa desde la muerte para recrear una y otra vez su enfermedad: la Abuela encarna siglos de alienación de la mujer con respecto a su propio cuerpo y de silencio impuesto ante los abusos de los hombres, y su regreso es un reclamo ante esta histórica violencia. En una escena cargada de significado, la Abuela poco antes de morir hace justicia para sí misma y para todas las mujeres azotando al Abuelo con un pesado mazo, con el cual “empezó a esparcir furiosos golpes en el cuerpo flaco y

desvencijado del viejo, que sólo atinó a doblarse bajo los golpes, como si buscara la protección de la tierra, atreviéndose apenas a espiar entre los dedos con los cuales se tapó el rostro, aterrado”.

Maria'i sigue una trayectoria diferente a la de la Abuela: ella “pasó por muchos rostros, muchos nombres, muchos cuerpos, entre el descubrimiento y la búsqueda”, afirmando de esta manera su libertad para explorar y ejercer su sexualidad, a pesar de los múltiples mandatos machistas que la cercan. Mensajes como “*Kuña niko, opokónte hese kuimba e ha ikangypáma*” (a la mujer, el hombre sólo la toca y ya está entregada), “*Mitakuña'i revikua ky'á*” (niña culo sucio) y “*Kuña rembohuguy va'erã*” (a la mujer hay que hacerla sangrar) atraviesan toda la historia, y los personajes masculinos en varios casos son abusivos, como el doctor que manosea a una Maria'i de trece años con el pretexto de revisarla, o como los hombres que la acosan constantemente en la calle. El legado generacional y patriarcal se plantea como un destino, pero también se cuestiona. A pesar de su aparente docilidad, Maria'i marca sus diferencias con respecto a la Abuela: si ésta se pasa el tiempo rezando o colocando un rosario entre sus manos, Maria'i llega por sus propios medios a la conclusión de que el mundo que Dios ha creado es injusto y decide no volver a pisar jamás un templo.

La sangre florecida está compuesta por siete capítulos que bien pueden leerse como relatos independientes: breves, elípticos, de aliento poético, organizados sin seguir un orden cronológico. Pero son numerosos los hilos que engranan las historias: desde sutiles menciones a objetos que reaparecen, reuniendo diferentes temporalidades (una muñeca rubia de grandes rizos, las pastillas negras de la Abuela, el temido *Typycha hũ* usado como chicote), hasta el omnipresente signo de la sangre y su referencia a la (siempre inquietante) sexualidad femenina. Sin terminar de decantarse por un registro fantástico, por esta novela se pasean a sus anchas los poras (fantasmas): el de la Abuela, el del amante muerto en un accidente en Brasil, el del joven Onofrio asesinado.

Por último, y a manera de *bonus track*, esta edición incluye tres cuentos que pertenecen al libro *Jevy ko'ë (Día del regreso)*, que obtuvo en 2005 el Premio Cide Hamete Benengeli de la Universidad Toulouse Le Mirail y Radio

Francia Internacional. Estos relatos ofrecen un potente contrapunto —a la vez que complementan— a *La sangre florecida*: aquí los protagonistas son hombres desarraigados, a la deriva, víctimas de la desmemoria, la precariedad y la violencia. Publicada en 2002, *La sangre florecida* fue la primera novela de Susy Delgado. Más de veinte años después, sus búsquedas son más relevantes que nunca: no sólo en la exploración de los cuerpos femeninos sexuados, enfermos y viejos, sino también en las posibilidades y los campos de intensidades que abren al castellano y a la literatura latinoamericana el contacto con las lenguas indígenas.

LILIANA COLANZI

Bibliografía

- Berger, James, *After the End. Representations of Post-Apocalypse*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999.
- Castells, Mario, “tesarái mboyve / antes del olvido”, Escrituras indie.
- Cobos Cruz, Ximena, “Hablemos de la enfermedad desde el cuerpo sexuado”, *Enpoli*, 9 de noviembre de 2021.
- Delgado, Susy, *La sangre florecida*, Asunción, Arandura, 2002.
- Delgado, Susy, “La poesía guaraní frente al tercer milenio”, *Caravelle* (1988-), diciembre 2004, núm. 83, *La France et les cinémas d'Amérique latine* (diciembre 2004), pp. 191-200.

LA SANGRE FLORECIDA

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN

EL CAMINO DE LA SANGRE

Maria'i empezó a vislumbrar la oscura sombra que la acechaba, cuando esa tarde descubrió la sangre que manaba, caliente y espesa, entre sus muslos flacos, tiñendo su pollerita de domingo. Cuánto empeño pondría después, tardes y tardes, aprovechando la siestada de todos para que nadie la viera en tarea tan triste, emperrándose en lavar pollera y presentimiento, inútilmente. El manchón parecía más bien afirmarse con el tiempo y allí quedó para siempre, como advirtiéndole algo ineludible, algo que nunca acabó de descifrar, a lo que estaba irremediablemente atada. Fue su primera mancha de mujer, imborrable.

Y esa tarde, mientras hurgaba angustiosamente entre los escasos trapos del roperito, sofocándose toda ella ante esa extraña fuente que parecía no poder sofocarse..., empezó a recorrer un oscuro camino de sangre. O mejor, se sumó a este camino que, ella sintió, venía de lejos, muy lejos. Ya venía tal vez de aquellas tardes de las que le había hablado la Abuela, cuando aquella muchacha campesina, cuyos aires Maria'i ya no hubiera sabido imaginar, sangraba, impotente, perdida en los interminables naranjales, tratando de apurar la recogida y llegar a ese ansiado final de las hileras con una carga aceptable, apretando inútilmente las piernas, juntando en vano los pliegues de la falda, buscando ocultar la mancha oscura que la iba tiñendo, sin poder escapar de las burlas implacables de los hombres.

La burla más o menos velada, más o menos cruel, siempre estuvo desde entonces, y la persiguió con esa mirada impiadosa que desnudaba algo que ella hubiera deseado mantener en el terreno de la privacidad, lanzada desde los corrillos callejeros donde la virilidad se pavoneaba de su poderío, entre piropos procaces y verdaderos torneos de proezas eróticas. Persistía en esa mano pesada y ruda que desde el guardapolvos blanco volvía de tanto en tanto para violar su vulva avergonzada, esa boca temblorosa que nunca alcanzó la suficiente paz para acceder al placer, a pesar de lo que afirmaba

y juraba la Abuela: *Kuña niko, opokónte hese kuimba'e ha ikangypáma...*¹ Y la acosaban todo el tiempo, en cualquier lugar y hora, en esas carcajadas rotundas que despertaban ante la menor alusión a su destino de oscura e inútil fuente de sangre... *Kuña rembo huguy va'erã*,² para que acepte su destino, decían.

Desde esa tarde, intermitentemente, la fue asaltando la sensación de estar sucia, porque sangraba intermitentemente la misma sangre abundosa, hirviendo de coágulos que estallaban en su entrepierna. Cuánto sangró en verdad, desde esa tarde, frecuente, fatalmente, aunque no siempre con la luna llena que también parecía observarla como una madre omnipresente y cruel. Y cuánto dolió algunas veces, como esa noche absurda en que según unos le habían dicho, debían sonar violines y desatarse mariposas, y otros, que los demonios la sorprenderían en la oscuridad para llevarla definitivamente a la esclavitud del pecado, por inaugurar la nueva brecha a la que había ingresado en su camino inevitable de mujer..., o la que le habían abierto para siempre entre las piernas, como la marca impresa por el macho, que llevaría hasta la muerte. Sin violines ni seres fantasmales, ella cumplió el rito como un negocio forzoso que más tarde o más temprano debía cumplirse, y en el momento crucial, sólo sintió un dolor punzante, una especie de incomodidad profunda que se alargó en los días, pintándole en la cara un nuevo motivo para las bur-las, *oje pikáma katu María'i*.³ Cuánto dolió cuando el enorme toro negro que la venía acechando en sus correrías por aquel camino desolado, bordeado de malezas espinosas, finalmente la embistió y la penetró jadeando, babeando su furia devastadora, asfixiándola en su semen ardiente, destrozándola como si ella fuese un trapo viejo.

Cuánto, cuánto duele ahora, tal vez hasta el agotamiento, en este cuarto blanco, bajo esta luz intensa, engeguecedora, entrando, impotente, con los brazos atados y la boca enmudecida, vestida con esa extraña túnica amarilla, a ese largo túnel, tan largo que la devolvería como después de un viaje de años... Y sentir que cruza esta caverna sin fondo a una velocidad enloquecida,

¹ A la mujer, el hombre sólo la toca, y ya está entregada. (Todas las notas al pie son de la autora.)

² A la mujer hay que hacerla sangrar.

³ María'i ya fue probada.

viéndose niña con la pandorga ahogada en el túpido mangal, ahogándose cuando la Abuela la persigue por el patio con el *typycha hũ*, el *typycha hũ*⁴ que la había corrido cuando aquel galope libre y feliz en el árbol flaco de la capuera acabó para ella con un tremendo golpe en la nuca y la dejó en el suelo como una muñeca destartalada, la muñeca que le regalaron por recitarle a la Virgen, la Virgen que ni siquiera la miró y nunca escuchó sus ruegos ni intercedió ante su Hijo todopoderoso, el Hijo todopoderoso a quien ella una tarde se le plantó y le cantó las cuarenta, las cuarenta⁵ que le cantó también al Abuelo cuando éste llegó una noche bien servido y luego de levantar a la Abuela, amagó molerla a palos por la comida fría, la comida fría que comieron todos la tarde en que enterraron a la Abuela, la Abuela que le había advertido: *Ne mandu'a va'erā cherehe*,⁶ por no haber querido casarse con el doctor tan bueno, el doctor tan bueno al que le llevaron una tarde cuando Maria'i recién había estrenado sus 13 añitos y la primera menstruación, a ver si le sacaba los dolores, y el doctor le dijo vení sentate aquí en mi pierna te vamos a sacar los dolores mi hija, y la amarró suavemente por la cintura para animarla mientras la otra mano inspeccionaba a ver un poco cómo está el asunto por aquí y tranquila nomás mi hija relajate que yo te voy a curar, y ella no entendía por qué la revisaba con tanta lentitud, haciendo círculos en sus muslos y subiendo despaciosamente hacia arriba, no tengas miedo mi hija que te va a doler un poquito y después no te va a doler nunca más, y cuando la mano de pronto cubrió firmemente el triángulo de carne apenas velado por los primeros vellós y un dedo caliente y gordo palpó su humedad palpitante, ella sintió un impulso como el que le despertaba el chasquido del *typycha hũ* de la Abuela, y de un salto estuvo en la calle, corriendo del doctor, de la tía, de la Abuela, de todos, *mitakuña'i*⁷ caprichosa, animal *saite*,⁸ a dónde lo que te vas, *ne Aña Memby...*⁹ Maria'i corrió, corrió y corrió hasta el fin del mundo, aquella tarde.

⁴ Escoba negra. Hierba utilizada como chicote por las madres campesinas.

⁵ Significa increpar o echar en cara todo lo que se necesita.

⁶ Has de acordarte de mí.

⁷ Niña.

⁸ Salvaje, arisco.

⁹ Tú, hija del Diablo.